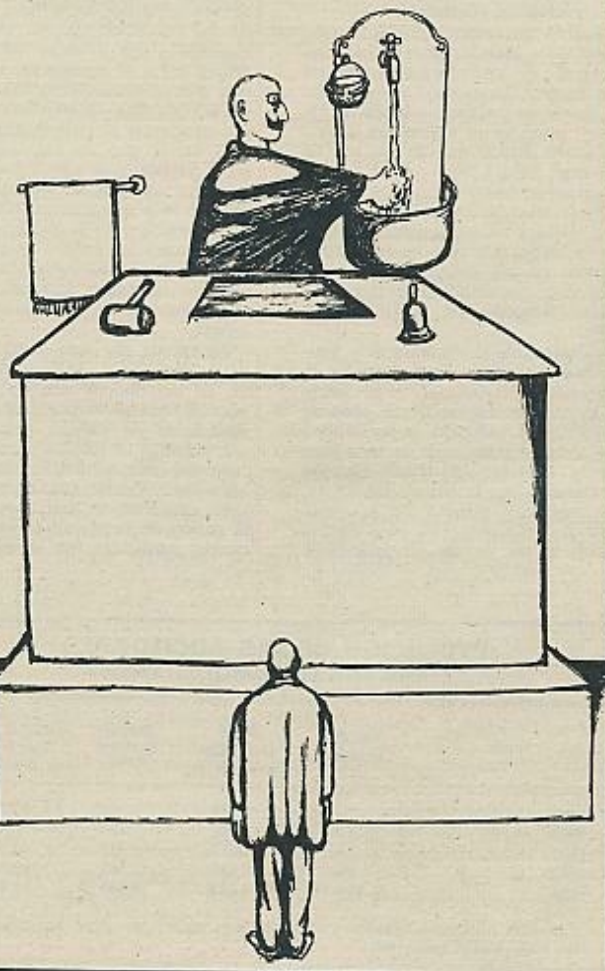




OPS



OPS

# La Capilla siXtina

## LOS HUMORISTAS

He pasado una mala época de lector. Había dejado de interesarme la literatura-literatura, actividad pasiva y activa verdaderamente dinosauria. Tampoco el periodismo me interesa mucho últimamente. Si antes había que leer entre líneas, ahora hay que leer cada tres o cuatro líneas, y así es muy difícil seguir el hilo. La televisión está de un aburrido genialmente insuperable. Especialmente los sábados constituyen una tortura superior a cualquier capacidad de resistencia. Uno pasa de carreras mentales, entre empollones, a una antología lírica de guardarrropia, para penetrar en la apoteosis final del obscuro abuelismo del doctor Welby. Yo he querido mucho, muchísimo, a mis abuelitos, pero me repugnan el paternalismo y el abuelismo convertidos en panaceas jerárquicas de los sentimientos y la razón.

Con todos estos inconvenientes, me he encontrado sin otro alimento espiritual que *Le Monde*, alguna que otra revista y, sobre todo, los humoristas. España está pasando por un nuevo siglo de oro del humor gráfico y escrito. *Autopista* fue una cima cultural difícilmente superable, mientras las cosas estén como están. Lo mismo podría decirse de *Celtiberia Show*. Máximo, Chumy-Chúmez, Cesc, Mingote, Forges y tantos otros nos dan una cotidiana razón de existir. Yo no duermo tranquilo si no me leo un chiste de Forges. Pero más que leerlo, me lo bebo. Me bebo los trazos gruesos de sus personajes, incontestables o incontestados. Me bebo su lenguaje convencional. Me bebo todo lo que dicen, demostrando que van a decir lo que no pueden decir. Forges es el grafista de la comunicación impotente y me releva de tratar de comunicar la incomunicación mediante la parsimonia de la escritura letrista.

Pero los días son largos y los motivos para vivirlos escasos. Por eso me he creado mi régimen de diabético espiritual. Por la mañana, un chiste de Perich, en *La Vanguardia*, y también, si me queda más náusea, me miro lo de Mingote o lo de Cesc.

Después, a la hora de comer, un par de chistes de Chumy, pasados por agua, con poco de pan y mucha ensalada. Después, a media tarde, cuando la penumbra adecua la luz terrenal con la histórica, de nuevo ronda el espectro de la desesperación. Es la hora ideal para dar un repaso a *La Codorniz*, en busca de las arácnidas marquesas de Serafin, goteantes de rimmel y salsa holandesa. Hago una visita piadosa a los reclusos de la Cárcel de Papel y finalmente me miro los colorines. Los colores de *La Codorniz* me hablan de mil verbenas de mi niñez, diluidas por una lluvia amarilla. Es lo borroso de lo horroroso.

Pero ni aun así llego a la noche con las cuitas calmadas. A veces me asalta la diabetes espiritual y preciso del jeringazo de insulina. Mi insulina son los escritos de Giménez Caballero. Yo no se por qué no se le dan a esta vieja gloria de nuestras letras más oportunidades de expresar su pensamiento genial. Estamos necesitados de la luz de su lógica para entender cosas que pasan, cotidianas, que sin el pensamiento vivo de Giménez Caballero seguirían ahí, inexplicables.

Yo creo que el humorismo genial de Giménez Caballero haría una fecunda competencia a los restantes humoristas gráficos y escribanos. Además, Giménez Caballero tiene la indudable ventaja de su prosa veinteañera. De aquella prosa entre cromagnonesca y d'annunziana sobre cuyos dominios no se ponía el sol, aquel sol que cada mañana amanece en el eje Tokio-Berlín-Roma y cada anochecer se escondía por Portugal.

Me ha sido tan útil la resurrección de Giménez Caballero que voy desesperado buscando viejos y nuevos textos de tan genial hombre de letreros. Han leído bien. Conozco su aversión a lo femenino (que no a lo femenino), su culto a la fraternidad viril, el imperio viril, el barroco viril y las siglas y los siglos viriles. En homenaje a su excelsa virilidad, lo llamo hombre de letreros, que no de letras. Y humorista, que no humorista.

SIXTO CAMARA